

de la mujer y la sujeción más completa y más constante á la parte de poder y autoridad que le tocaba en el gobierno y en la dirección de todos. Estos caracteres de la familia romana no tenían sólo una índole privada, tenían también una índole pública, una índole verdaderamente religiosa, y alcanzaban la excelsa magnitud del Estado. En todo tiempo sucedió así, porque la familia romana constituía la piedra fundamental de aquella organización. ¡Cuánto más no debía suceder en los tiempos primitivos, donde se concentraba, como en una semilla se concentran las ramas, las flores, las fructificaciones futuras, se concentraban todos aquellos institutos que habían de componer el colosal organismo de Roma! No hay, pues, que decir cómo y cuánto á los antiguos ciudadanos del respetable Lacio les interesaba la conservación de sentimientos, sin los cuales aquella ciudad podía sufrir en su vida interior un detrimento cual nunca se lo infirieron sus enemigos exteriores. Más le valía ciertamente á la Roma pagana perder las piedras de sus hogares, la cortina de sus muros, los dioses de sus aras, las legiones de su ejército, que perder aquella virtud suprema, la cual para la gran suma de su autoridad inmanente y poderosa extraía del doble respeto á la terrible majestad del padre y al pudor sacrosanto y á la religiosa castidad de sus matro-

nas. Así, nadie tenía tanto interés en la continuación de todas estas virtudes sociales como aquel ó aquellos á quienes la sociedad encargaba su dirección y su gobierno. Los Tarquinos en general, y en particular Sexto, por lo mismo que se llamaban príncipes y reyes, por lo mismo que tenían el mundo romano á su cargo, estaban interesados, como ningún otro ciudadano, en que fuera el hogar un verdadero templo, la familia una verdadera institución litúrgica y la madre una diosa verdadera. Desconocer esto equivalía, en suma, desgraciadamente para ellos, para Tarquino el padre y Sexto el hijo, á perder la monarquía. Pues nada menos que á la familia quiso atentar Sexto Tarquino, heredero del Soberbio, y atentando á la familia perdió todo el poder y autoridad de los suyos y enterró consigo la monarquía romana. No se puede hojear la historia sin ver cumplidas en cada uno de sus episodios las leyes de una justísima expiación demostrativa de que hay un Dios en el cielo y de que este Dios no niega jamás al mundo su necesaria é incontestable Providencia.

Corría la guerra con los rútilos, quienes habitaban ó tenían la ciudad de Ardea, célebre, á la sazón aquella, por su poder y sus riquezas. Estos dos privilegios llamaron sobre sus muros el asedio y el asalto, sobre sus habitantes la guerra y el comba-

te; porque, agotados los dineros públicos en los dispendios necesarios á las obras y edificaciones magnas, necesitaba Tarquino llenarlos con robos, ocultos bajo las necesidades inevitables de una formal conquista. Además, la soberbia, la voluntariedad, la tiranía, las crueldades graves cometidas con tanto ahinco para ganarse la dominación suprema primero y luego para conservársela de un modo perdurable, habíanle desavenido y enajenado todos los súbditos opresos bajo el formidable gravamen de tan terrible arbitrariedad y humillados bajo el oficio de siervos impuestos á su condición altiva por las innumerables construcciones. Todo déspota intenta dorar las cadenas de sus esclavos con glorias militares y divertir los deseos de libertad en los empeños de la guerra. El sitio de Ardea ocurría con oportunidad á todas estas necesidades, y ocupaba en una especie de vistoso juego militar á los nobles y á los plebeyos, que pudieran dejarse atraer y seducir al reclamo de las tenaces aspiraciones políticas, tan extendidas como arraigadas, hacia el derecho y hacia la libertad. Sitio de tal género se arrastraba con languidez y servía para que los sitiadores se holgasen y jubilaran con gana. Juegos de todas clases, principalmente los de azar, simulacros militares de todos géneros, orgías en las tiendas, tertulias indecentes entre los

jefes, deserciones nocturnas á las circunvecinas ciudades y aun á la Ciudad Eterna: he ahí en qué pasaban su tiempo los enemigos de Ardea. Con decir que Sexto Tarquino dirigía lo que pudiéramos llamar familiarmente el cotarro, está dicho todo. En su tienda se reunían los jefes á departir sobre murmuraciones y escándalos, á jugar con dados y á emborracharse de vino viejo. Estaba en una de las cenas dadas por Sexto un joven patricio llamado Colatino, esposo de una bella romana llamada, como hemos dicho, Lucrecia. La conversación de los jóvenes recayó sobre materia tan divertida como las mujeres. Y, en vez de darles el naípe, como tantas otras veces, por ducharachos y calumnias, les dió por alabanzas y encarecimientos. Loaba cada cual á porfía su propia mujer, compitiendo en hipérboles múltiples y aun arriesgando apuestas considerables. Colatino, exaltado por su propia elocuencia, cual suelen todos los gárrulos, propuso la prueba más fehaciente, una correría nocturna en aquel mismo instante á Roma, fácil de realizar en breve tiempo, y cerciorarse así de las ocupaciones respectivas en que se hallaban embargadas las mujeres de cada cual á su arribo. Jóvenes y arriesgados y de aficiones aventureras, nada tan fácil como á caballo montar y con rápido paso dirigirse al hogar, donde la virtud individual

de cada mujer se probaría fácilmente por la ocupación particularísima en que muy de súbito las podían sorprender y encontrar. Aceptado el reto, jugaron la partida y salieron á todo correr hacia Roma.

Llegaron al término de su carrera en momento muy propicio á sus investigaciones, en el crepúsculo vespertino. La incierta luz, el cansancio de una larga jornada, el comienzo de las sombras, el término de los trabajos diarios, invitan en tal instante del día con imperiosa invitación al necesario recreo, y con el recreo al consiguiente descanso. Un trabajo á tal hora y en familias nobles ó patricias indicaba una práctica perfecta de altas virtudes domésticas. La experiencia dió el triunfo á Colatino y confirmó la entera verdad y el sólido fundamento de su juicio. Mientras la mujer de Sexto Tarquino y la corte de matronas y damas que la circuían se gozaban á una mesa espléndida con oír deliciosa música, oler embriagadores aromas, gustar sabrosos manjares, apurar en áureas copas vinos ardientes, y ver cómo danzaban las doncellas de séquito y los atletas á la usanza griega ofrecían escultóricas actitudes, mientras todo esto pasaba en los regios palacios, Lucrecia, recatada en sus sentimientos, recogida en su hogar, dentro de lo más hondo y más oculto del cubículo romano, circuída

por las mujeres de su servidumbre, sentada en su sede, los pies sobre su taburete, el huso en la mano, hilaba esperando la hora del sueño y departiendo con la familia en coloquios elevadísimos de cosas completamente honestas. Los dos Tarquinos, el príncipe y el rey, pernoctaron en casa de su conciudadano y dijeron cuánto admiraban el orden allí reinante y la virtud allí resplandeciente. Con efecto, Lucrecia los agasajó con toda la obsequiosidad, pero con toda la reserva y compostura propias de virtuosa matrona romana que observa y cumple sus deberes con los amigos de la casa y de la familia, sin dar motivos, ni por actos, ni por gestos, ni por frases, ni por miradas, á sospecha ninguna respecto de su esclarecida virtud, tanto más bella cuanto que arraigada en las costumbres y en la vida no se permite ostentación. He aquí, pues, confirmado el juicio de Colatino por su propia esposa y desconcertadas todas las dudas del recelósimo Sexto, que había perdido una importante apuesta, y además de una importante apuesta, la paz del alma, salteada en aquel espectáculo de virtud y grandeza moral por un bajo pensamiento que le condujo al más vil de los propósitos.

La castidad tentó al vicio. Para el audaz y el temerario no hay como la fortaleza muy alta y el fruto muy prohibido. Manchar aquella conciencia,

pervertir aquella voluntad, tender por tierra una virtud tan elevada, acercarse á un lecho inaccesible, perder á una esposa virtuosísima, aspirar esencias y gustar mieles reservadas á uno sólo en la tierra, aumentar los goces con las dificultades y las resistencias invencibles, burlar al marido, reirse de su confianza y desquitarse de su apuesta, penetrar en santuario tan cerrado, ¡qué voluptuosidad para un voluptuoso incapaz de guardar ningún respeto, ni divino ni humano, cuando está por medio el codiciado logro de su deseo y la satisfacción de sus apetitos! Sexto Tarquino, que tenía todas las propensiones del vicio por complexión y por hábito, no pudo aquella noche, terrible para él, conciliar el sueño, pensando en la hermosura de Lucrecia y en la felicidad de Colatino. Apremiados por sus deberes militares el rey, el príncipe y el patricio, tuvieron que volverse todos en veinticuatro horas al sitio de Ardea, desde donde habían ido á Roma, residencia de la familia real, y á Colacia, residencia de la familia colatina. En el momento de separarse y decirse adiós, la dignidad majestuosa de Lucrecia, la ternura de las miradas dirigidas á Colatino, la reserva tan pudorosa de su noble actitud, acabaron por trastornar á Sexto y por inducirle al nefasto crimen. Apenas se habían separado en alegre compañía todos del hogar, cuando ya se prometie-

ra él á sí mismo volver, y volver con toda celeridad, impulsado en parte por sus propensiones al vicio y en parte por el deleite más triste y mezquino todavía de asaltar una inaccesible castidad y reirse á mandíbulas batientes del burlado marido. No pensaba en su perversión irremediable aquel hombre todo cuanto iba con su atentado á vulnerar, el hogar sacro, la virtud femenina, los dioses lares, los afectos de amistad, los respetos debidos al honor ajeno, las leyes todas civiles y morales, aquella confianza de que solamente un desalmado se hace indigno y aquella religión de la hospitalidad, tan válida entre los romanos y tan verdaderamente indispensable para las relaciones sociales. La voluptuosidad en Sexto le cegó, y, sobreponiéndose á todos los afectos humanos y desoyendo todas las voces divinas que resuenan hasta en las más sordas conciencias, concibió su intento y le llevó á término, atrayendo así un irreparable castigo sobre su propia cabeza y sobre su poderosa familia.

Huyendo Sexto del antiguo comercio con Colatino, y recatándose á su compañía con el fin de poder alguna vez partirse á sus anchas del sitio sin que lo notase por modo alguno el amigo á quien se proponía herir, maduró el proyecto, poniéndolo con sigilo y con oportunidad por obra. Cierta noche, seguro, muy seguro de que no podía notar lo

Colatino, se partió acompañado por un militar solamente, y tras una desbocada carrera llegó, entrada ya la noche, á Colacia. En la hospitalidad romana de aquel tiempo no tuvo Lucrecia otro remedio que amoldarse á las costumbres reinantes y admitir el huésped, á pesar de hallarse allá en Ardea ocupado el jefe de la familia y dueño del hogar, su esposo Colatino. Bien es cierto que todas las tradiciones romanas á una se hallan contestes en que, dados los respetos religiosos de aquellos hombres y de aquellos tiempos á la hospitalidad, no podía contraer la matrona romana sospecha ninguna sin exceso de susceptibilidades y sin verdadera cavilosidad. Así el huésped cenó á sus anchas, y tras la cena pasó á dormir en su apartamento. Imaginaos cómo dormiría. El continente majestuoso de la mujer deseada; las palabras de unos á otros dirigidas; el aroma de virtud que, lejos de amortiguar, avivaba el deseo; la consideración de hallarse todos bajo el mismo techo; la vecindad del cuarto de Lucrecia; lo muy meditado de aquel intento, que los asaltos de todos los apetitos y los ensueños de todas las voluptuosidades recrudescían; el cercano logro de un fin preconcebido con tan grande anticipación y alcanzado en aquellos angustiosos minutos, debían tener fuera de sí á Tarquino en la hora nocturna y terrible de su

crimen. ¡Con qué ansiedad aguardaría el silencio! ¡Cómo el menor airecillo, el crujir de cualquier puerta, el gritar de cualquier ave, los ruidos más leves, los ecos más apagados, le desasosegarían allá en su interior, sin tener que contar además con los celos de sí propio y las reconvenciones de sus remordimientos! Lo cierto es que Tarquino aguardó con espera indispensable, como el bruto rapaz y carnicero que atisba su presa, el momento y la coyuntura indispensables á la satisfacción de su apetito. Dormía todo, callaba todo, cuando el hijo de los Tarquinos se dirigió al cuarto donde dormía y reposaba Lucrecia.

Las casas de nuestras ciudades modernas se dilatan por tal modo sobre la calle, y ostentan á una tanto número de huecos abiertos en sus fachadas, y permiten una multitud de vecinos tan enorme, que parecen construídas para lo exterior y no para lo interior, para una comunicación abierta con la gente de fuera y no para las estrechas relaciones íntimas entre los individuos de una misma familia y gente. La casa romana, por modo bien diverso, converge hacia lo interior. Por eso todas las habitaciones dan á las galerías y todas las galerías á los patios. Como la llama del fuego sacro mantiene dentro de aquel templo vivo todo el calor indispensable á los hogares, la diurna luz de éstas pare-

ce, como la proyectada por los lampadarios en las noches, una luz doméstica é interior, proviniendo de cielos extendidos sobre los patios y reflejados en la taza de sus fuentes. Una casa en Roma, después del vestíbulo donde se levantaba el limen ó línea divisoria entre lo interior y lo exterior, tenía el atrio, sitio adonde todas las habitaciones de recibo daban, y después del atrio tenían el peristilo, adonde daban todas las habitaciones de familia. Una diferencia enorme y muy característica existía entre la casa griega y la casa romana. Mientras en la primera, más vecina de suyo al Asia y con el Asia más correlativa, había un gineceo, apartamento destinado á las mujeres, pálido recuerdo, pero al cabo recuerdo del harén oriental, en la segunda, mujer y marido disfrutaban de las mismas habitaciones, lo cual traía mayores intimidades á todos los miembros componentes del hogar y mayor predominio á la esposa sobre su cónyuge y á la madre sobre sus hijos. Dadas las costumbres latinas, que facultaban á la mujer para en su hogar presidir, no solamente las visitas, la hospitalidad, fácilmente se comprende que Lucrecia debió instalar su visitante y huésped en el más cómodo lugar, y, de consiguiente, dentro del peristilo, en habitaciones quizás lejanas á las suyas, pero dando sobre las galerías llamadas fauces, que daban sobre los patios interiores. La

virtud verdadera no peca de recelosa. El mal y el vicio se conocen poco por aquellos que no los han vivido realmente. Una mujer se creía tan segura en su lecho como una diosa en su ara. El romano de aquellos primitivos tiempos ofrecía tanto culto al honor de sus matronas como al poder de sus divinidades. Lucrecia no se curó, ni de puertas, ni de cerrojos, pues no creía posible ningún atentado á su honra guarecida por el culto de los romanos á estas instituciones de la familia y á sus tradiciones y á sus liturgias. Habíase casado por la confarreción. Diez testigos nobles asistieron á su boda. El pontífice la bendijo con bendiciones de rúbrica. Un sacerdote flaminio asistió al pontífice. Las haces resonaron en los vestíbulos del hogar paterno ceñidos con flores frescas y olorosas. El sagrario brilló dentro del hogar como debe á la continua brillar en todo festejo doméstico. Admitido el esposo y declarado que participaría de sus lares y de sus cultos, quedó, como parte de su sér propio, entrando en la participación debida de su sacerdocio, pues todo jefe de familia es un sacerdote, y toda madre de familia un asistente necesario al oficio y ministerio sacerdotales. Todo esto quedó coronado litúrgicamente con el sacrificio á Juno, protectora del matrimonio, y la oferta de un pan amasado por la novia, dos libaciones, una de vino mielado

y otra de leche, los holocaustos ó inmolaciones de víctimas ó animales, á los que se les arrancaba la hiel á fin de arrancar con ella todas las acerbidades y todas las amarguras á los dos esposos. Después los jóvenes de la familia del esposo habían fingido robarla del regazo de su madre, y ésta le había dado una rueca llena con albo copo de lana en su tope y acompañada del huso, timbres y blasones verdaderos de su delicado y hermosísimo sexo. Todas estas ceremonias daban al hogar patricio aspecto de templo, al tálamo de altar, al cubículo de santuario, al marido y á la mujer de verdaderas divinidades, al matrimonio de una religión. Desconocer la hospitalidad, herir á un amigo en su honra, profanar el lecho nupcial, obscurecer con beso adúltero la frente de una matrona, desconcertar la familia, desoir el mandato de la propia conciencia con el mandato de los dioses lares, arrancar á Roma la piedra más fundamental de todas sus instituciones, la piedra del hogar, larga serie de crímenes contra el derecho público y el derecho privado, contra la ciudad y contra los dioses. Pues nada contuvo al perverso. Cuando ya todo había caído alrededor suyo en profundísimo silencio; cuando el sueño primero acababa de convertir los seres activos en seres inertes, coge Sexto Tarquino, á la cabecera del hospitalario lecho granjeado por

el cariño de una grande amistad, su espada de general, que para mayores empresas le diera su patria, y se dirige al cuarto de Lucrecia, sorprendida del todo: que su inocencia, su castidad, su virtud, el respeto á sí misma, el sentimiento de su honor, la confianza en el príncipe llamado á reinar sobre su patria, le habían afianzado una inmovilidad como la que pudieran tener, ya lo hemos dicho, las divinidades romanas en sus templos respectivos.

El espanto de Lucrecia no tuvo límites al ver en su presencia, inclinado sobre su lecho, á Sexto Tarquino, desnudo, en una mano su luz, en la otra mano su espada, notificándola el apetito que sentía por ella y su resolución de satisfacerlo á toda prisa y á toda costa. Con ese pudor propio de la mujer Lucrecia se acurrucó en la cama, se tapó más y más el cuerpo con las sábanas, y dijo podía darle aquel infame ladrón doméstico á mansalva muerte, pues prefería la pérdida de su existencia inmediatamente á la pérdida de su honor. Pero Sexto Tarquino le respondió cómo su honra se hallaba más perdida negándose que cediendo, pues proponíase, después de matarla en el acto, á traer un esclavo, colocarlo junto á ella desnudo y muerto en el mismo lecho para difundir la especie de haberlo enamorado y atraído á sus brazos la matrona, en los

cuales sintió un goce intenso, despertador de una pasión demente, á cuyos impulsos la mató; arrancándola por este arrebató de intensa desesperación á las caricias de su esposo, generadoras naturales y facilísimas de los desapoderados y rabiosos celos. Tras reflexiones, súplicas, instancias, amenazas, resistencias múltiples, en que palabras, y lágrimas, y fuerzas se agotaron, Lucrecia fué vencida por la tenacidad inconcebible de aquel avieso raptor, quien salió huído seguidamente hacia el campo militar más orgulloso de su crimen, atentatorio á patricios y á dioses, que satisfecho de placeres tan resistidos y por fuerza física é imposiciones brutales torpemente alcanzados. Lucrecia, por su parte, congrega la familia, toda la familia en torno suyo, pues los individuos varios de ella, los parientes en grados próximos, componían como una especie de senado en el hogar y gozaban de lo que podríamos llamar con propiedad hoy el voto consultivo. Llegan á este llamamiento su padre Lucrecio y su esposo Colatino en compañía de otros deudos, entre los cuales resaltaba por su concentración y por su silencio Bruto, tío de Colatino. Al verlos, el sollozo lanzado por Lucrecia partió el corazón de los suyos herido y despedazado. Tras este sollozo supremo, en frases entrecortadas por los suspiros, con estremecimientos de dolor imponderable, les narra lo

sucedido y les comunica su resolución de matarse. Al oírla, quieren ellos evitar el suicidio; pero con la rapidez del rayo saca un cuchillo que llevaba oculto en los pliegues de su traje, se lo hunde con furor en el pecho y cae sin aliento á los pies de los suyos, muerta y acabada por avivar y sostener su honra. Lucrecio y Colatino, con el dolor propio de padre y esposo, abrázanse cual dos náufragos próximos á morir juntos, y sólo sienten la idea y la voluntad incontrastables de morir con la mártir que acaba de inmolarse por ellos como víctima ofrecida en aras del honor. Pero Bruto, menos interesado en el aspecto doméstico de aquella tragedia, y más interesado en el aspecto político, saca de la herida el puñal, y por aquella sangre casta y pura, goteando del arma, jura fundar un gobierno libre y destruir con los monarcas etruscos la monarquía romana. Dicho tal juramento, conjura los ánimos de cuantos allí se hallan para que á él se asocien, y los conjura con sobrada elocuencia. Tenido por mudo y por imbécil desde su primera juventud, aquella inteligencia que se alza vigorosísima y aquella palabra que resuena elocuente aparecen como un milagro divino y como un augurio celeste á favor de la naciente república. La promesa de concluir con los tiranos dada sobre aquella arma ensangrentada y humeante se transmite de labio en